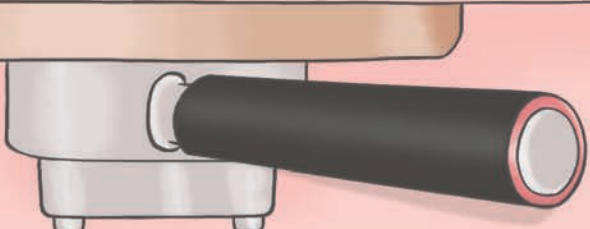




TONI QUINTA

RÍETE DEL AMOR



Toni Quinta

Ríete del amor

Besties
BOOKS

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Antonio Gómez Quinta, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-270-5247-5

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.540-2024

Impresión: Liberduplex

Impreso en España / *Printed in Spain*

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.



Maya

Reservado solo para valientes

No quería seguir sintiéndome así, pero presionarme para estar mejor no era la solución. Tenía que aprender a sobrellevar momentos incómodos, a enfrentar situaciones diferentes. Quería apostar por mí, pero en el fondo sentía vértigo. Me temblaban las manos y los ojos los tenía tan brillantes que mi madre solo supo decirme lo que necesitaba escuchar a través de un abrazo.

Nosotras compartimos una conexión que resulta complicada de describir, pero increíblemente sencilla de demostrar. Se trata del amor incondicional entre madre e hija, donde la hija encuentra en su madre a su mejor amiga, la persona que siempre supo que nunca la juzgaría.

—Cariño, ve a casa de Rocío y compartid este momento único. Recuerda que has trabajado muy duro para conseguir lo que será el inicio de una vida que crearás sola. Yo confío en ti. Y tú, ¿confías en ti?

Mi madre tiene la facilidad de transmitir tranquilidad y de regalarme las palabras que necesito oír en cada mo-

mento. Es la mayor suerte que puedo tener en esta vida y me siento afortunada por ello.

—Pero me da miedo saber las notas. Me da pánico imaginar que quizás no llegue a entrar en Publicidad y no saber qué hacer. —Mientras removía el café para que se enfriara, solo pensaba en cómo decirle que, en el fondo, el miedo que sentía era por no llegar a cumplir las expectativas que tenía puestas en mí.

—Maya, no me digas que tienes miedo después de haber luchado a diario por tu futuro, porque yo apuesto por ti todos los días desde el momento en que te tuve por primera vez entre mis brazos. —Sus palabras fueron de nuevo la tirita que ocultaba todas mis inseguridades—. Y no quiero que dudes jamás de ti misma.

—Gracias, mamá. Voy a irme ya, que a primera hora salen las notas y Rocío ya me ha mandado un wasap diciéndome que está atacada y que tiene el ordenador preparado para que veamos juntas la nota de la EVAU. —Estaba aún más nerviosa por la cercanía del momento que íbamos a compartir.

—Maya, las cosas maravillosas de la vida no están a simple vista porque están reservadas para las personas valientes, y tú eres la más valiente que conozco.

Le devolví una gran sonrisa, aunque me temblaban tanto las piernas que me tropecé con varias sillas al salir de la cafetería en la que estábamos desayunando. Y, una vez fuera, nos miramos agarradas de la mano.

—¿Lo hacemos? —le pregunté. Estábamos en el paso de cebra que debíamos cruzar y despedirnos para que ella pudiera irse a casa. Necesitaba hacerlo una vez más.

—Maya, recuerda: yo solo piso lo blanco y tú, lo negro. Y así cruzamos. Lo hacíamos desde que era una cría. Nos agarramos de la mano y juntas saltamos sin pisar la parte que le tocaba a la otra.

Al llegar a la acera de enfrente, me despedí de ella con un abrazo. Sentía un malestar increíble, pero quería mostrarme fuerte. Porque quizás estaba más cerca de lo que podía imaginar de irme a estudiar a Málaga. Y allí no iba a tenerla. «No voy a tener a nadie», pensé, y la frase retumbó durante largos segundos en mi mente hasta que resonó el eco de mis inseguridades.

Allí tendría que ser una nueva Maya y eso era lo que más necesitaba. Volver a encontrarme conmigo misma. Ser una libreta repleta de hojas en blanco y que solo tuviera yo el poder para escribir a diario los capítulos de mi nueva vida. Tachar cada cosa que no quisiera leer y subrayar los momentos más bonitos para releerlos cuando lo necesitara. Como hacía con las frases de mis libros favoritos.

—Maya, cariño, vete ya, que a Rocío le va a dar algo de tanto esperar. —Fui corriendo calle abajo en dirección a la casa de mi amiga.

Rocío y yo nos conocíamos desde los cuatro años. Habíamos coincidido en la misma clase todos los años escolares menos uno. Ese, mi madre tuvo que pedirle al director que me cambiara de clase para coincidir con ella. Estaba pasando por una época difícil de explicar, un año en el que había más noches que días, lleno de sonrisas perdidas y también de valiosos aprendizajes. A veces las cosas no salen como las planeamos y la vida nos zarandea tan fuerte que perdemos el centro de gravedad, ese maldito núcleo que necesitamos para seguir adelante. Gracias al justificante de mi psicóloga, comprendieron mi situación y pude seguir coincidiendo con mi amiga. Al final, Rocío y yo compartimos toda nuestra adolescencia: todos nuestros secretos; todas nuestras inseguridades.

Tengo la suerte de contar con dos mejores amigas en mi vida: mi madre y Rocío.



2

Maya

Respirar juntas

Cuando llegué a casa de mi amiga, creía que me iba a desmayar de los nervios. Llamé a la puerta con los puños cerrados tan fuerte que seguro que me iba a regañar nada más abrirla. Ella era la del «No hables tan alto», o «Maya, relájate, por favor»; y yo era la del «Lo hacemos y ya veremos». Me encantaba dejarlo todo a la suerte, aunque en el fondo me cagaba de miedo. Nos abrazamos muy fuerte y nos pusimos a llorar. Vaya dos. Vaya par de lloronas. Somos tan sensibles que con solo ver un anuncio de televisión con música «de pena», como la llamamos nosotras, nos emocionamos. Luego nos reímos de lo tontas que parecemos frente a un anuncio de galletas, sí, de galletas, donde aparece un niño pequeño llorando porque su hermana mayor no le ha dejado ninguna.

Entramos en casa y nos fuimos directamente a su habitación. Ya tenía dos vasos de agua y el ordenador encendido. No me extrañó que estuviera todo organizado.

—Maya, siéntate en la cama y no digas nada.

Ese «no digas nada» no me tranquilizó mucho. De hecho, me puso aún más nerviosa. Pero sabía que lo decía porque, de un momento a otro, iba a ponerme a gritar y a saltar por toda la habitación y eso la iba a poner furiosa.

—Rocío, vamos a mirar primero tu nota y luego vemos la mía. Porque yo aún no estoy preparada. —Cogí el vaso de agua y me lo bebí de golpe. Tan rápido que me atraganté y escupí todo por la cama.

—Por favor, ¿quieres relajarte y estarte quieta? Me estás agobiando ¡y mira la que acabas de liar! —Le encantaba hacer de madre y ser doña perfecta, pero no sabía que no había nada que me gustase más que verla fuera de sus casillas.

Comencé a reírme de los nervios y le contagié la risa. No pudimos parar durante unos minutos, el tiempo que faltaba para poder comprobar las notas. Pero nos pusimos serias en cuanto llegó el momento que tanto habíamos esperado y el que yo tanto temía. Porque lo único que sentía era pánico.

—Bueno, ya son las ocho. Vamos allá. —Mientras se sentaba en el escritorio e introducía sus datos, yo solo podía pensar en que ojalá tuviera esa seguridad en mí misma.

—¡La página está saturada! ¡No carga! —me dijo gritando. Y yo, cómo no, solo pude volver a reírme de los nervios. Me solía pasar que a veces, ante situaciones inesperadas, me daban ataques de risa.

—Rocío, esto es una señal para que cambiemos el agua por unos cubatas, porque a mí hoy me va a dar algo con tanto estrés. No nos sale nada bien a la primera. Me veo trabajando en el Primark, y con ese uniforme no me veo muy favorecida. El gris y el azul son de mecánico. No quiero parecer un pilar de un garaje con esos colores tan feos. —Sonaba un poco dramática, pero es que después de Intensidad, Drama es mi segundo apellido.

—Maya, ¿puedes dejar de decir tonterías y tranquilizarte? —Ahora sí estaba más seria de lo normal, por lo que me contuve un poco, aunque la risa estaba a punto de estallar de nuevo.

—Prueba a salir y entrar de nuevo. —Mi respuesta fue de ingeniera informática, lo sé. Pero eran las típicas respuestas que daba y funcionaban. Como «Apaga el ordenador y enciéndelo de nuevo» cuando se queda colgado. Así era yo: si algo no funcionaba, lo apagaba y lo volvía a encender. Ojalá hubiera tenido esa facilidad para los momentos en que necesitaba reiniciar mi mente. Cerrar los ojos y pensar. Pero abrirlos y no tener recuerdos que no deberían estar almacenados en mi disco duro era algo que no sabía hacer aún.

—Ahora sí, ahora sí. Maya, tengo un... doce con nueve. ¡Maya, tengo un doce con nueve! ¡No me lo puedo creer! —Saltó de la silla y gritamos juntas.

—¡Lo conseguimos! Lo has conseguido, Rocío. Sabía que no ibas a tener problemas. Es que no sé ni qué decirte. —Me alegraba tanto de que pudiera entrar en Veterinaria que lloré de nuevo. No sé cuántas lágrimas pude expulsar de mi cuerpo a lo largo del día, pero no recuerdo que fuera a mear hasta la mañana siguiente. Estaba seca—. Felicidades. No sabes lo que me alegro de compartir este momento contigo. Vas a ser la mejor de todas y, si no es así, ya nos encargaremos de aniquilar a tu competencia. —Me encantaba ponerme dramática.

—Pues ahora vamos a ver la tuya, Maya. —Se me cortó de nuevo la respiración. Mis manos empezaron a sudar y a temblar tanto que podría haber tocado una pandereta al ritmo de cualquier villancico.

—Rocío, ¿puedes mirarla tú? Yo no soy capaz.

En el fondo no quería saberlo. No me había salido mal ningún examen en concreto, pero yo prefería salir de fies-

ta para celebrar juntas su nota y la mía verla en otro momento.

Aunque parezca una tontería, muchas veces evitaba conocer las cosas con la idea de que si no sabía qué pasaba, no me podía afectar en nada. Lo hacía desde pequeña, hasta cuando jugaba al escondite. Cerraba los ojos y pensaba que, si yo no podía ver a nadie, nadie podría verme a mí.

—Maya, dame la mano. Vamos a verla juntas. Recuerda nuestra promesa: siempre, siempre, siempre estaremos juntas en todo. Hasta que no queden más estrellas que contar. —Sabía que me calmaba escuchar nuestra promesa. Esa que se basaba en uno de mis libros favoritos de María Martínez.

Mientras Rocío introducía mis datos para comprobar la nota, repasé toda mi vida. En apenas unos segundos, me dio tiempo a valorar todas las opciones que podría tener si no me daba la nota para Publicidad. O sea, ninguna, porque no tenía nada pensado.

—¡Un once con siete Maya! ¡Entras en Publicidad de sobra, y si quieres, puedes quedarte a dormir en la facultad! Y tú dudando de ti todo este tiempo.

Yo solo escuché «once con siete». Mi mente se quedó en blanco, y mi cuerpo solo hacía saltar de un lado a otro, acompañado de unos gritos, que cualquiera podría pensar que nos estaban robando.

—Rocío, ¿estás segura de la nota? —Tuve que acercarme al ordenador para comprobarlo y volví a chillar. En ese momento entraron los padres de mi amiga, preocupados al oírnos gritar tan alto.

—¿Va todo bien? Queremos saber ya que habéis aprobado y brindar juntos en el salón. —Lo tenían todo preparado. Habían pedido comida y estaba todo lleno de globos. No sé en qué momento les dio tiempo a adornar así el salón.

Sus padres son también los míos. Me han llevado al colegio muchos días mientras mi madre iba a trabajar. Cuidaron de mí el triste día en que cumplí quince años... En fin, no recuerdo momentos importantes en los que no estuvieran ellos también presentes.

—Sí, ¡vamos a ser universitarias! —Aún no me acostumbraba a escuchar la palabra. *Universitarias*. Qué bien sonaba y cuánta felicidad en tan poco tiempo.